



Clemencia Echeverri, Fila, 2002, facilitadas por el estudio de la artista, www.clemenciaecheverri.com



Clemencia Echeverri, Herencia, 2010, facilitadas por el estudio de la artista, www.clemenciaecheverri.com

Anécdotas desde el bloque 14

Mauricio Ceballos Montoya

Abogado, comunicador social-periodista, cmauricio.ceballos@udea.edu.co

Es el braille, profe...

Para mí todo era nuevo así el campus universitario tuviera más de 40 años. Las rutas de buses, el camino a la facultad, el manejo del espacio dentro de la universidad y, por supuesto, los compañeros, las clases y la vida universitaria. Era un primíparo más, con expectativas y muchas ganas de cosas nuevas.

Desde el principio vi un gran apoyo en mis compañeros que lejos de curiosidades malsanas, me integraron a los recién creados grupos de personas, donde cada cual estaba primero por probar y si le gustaba, podía cimentarse una buena amistad. Pero lo mejor eran las clases. La interacción con los profesores, para quienes un alumno ciego les suponía por lo menos una curiosidad, y para otros, un verdadero reto. Y es que fue en la clase de Sociología jurídica donde ocurrió.

Me gustaba ubicarme en la parte de atrás, quizá en el rincón más apartado de los salones, pues nunca me ha gustado llamar la atención, aunque francamente por mi discapacidad no es posible que pase desapercibido.

Jueves, 6 de la tarde; con un salón a reventar. El profesor hablaba de un tema introductorio y como a mí me parecía bastante interesante, empecé a tomar notas en braille. Mis compañeros hacían lo mismo, aunque no en braille, por supuesto. Al cabo de un rato y cuando solo se oía la voz del profesor y mi actividad escritural, este preguntó en tono algo molesto: ¿Quién es el de la bullita? Yo, en tono igual de desafiante, levanté la mano desde mi rincón diciendo: “yo, profe, ¿por qué?”. Ante tanta insolencia, el profesor se acercó. Cuando

vio que quien le hablaba escribía en braille, se suavizó y, obviamente, se interesó por el sistema. Yo contento por mostrarle no solo a él sino al salón entero la forma de escritura de las personas ciegas, les di una corta pero suficiente ilustración sobre el tema. En lo sucesivo, la “bullita” se escuchó no solo en esa sino en todas las clases, y aunque a los otros profesores también les dio curiosidad en principio de aquella intromisión, yo sentía que se acercaban, miraban, pero no decían nada. Salvo el profe de Derecho romano, quien directamente se me acercó y al igual que el de Sociología jurídica suspendió la clase para que le explicara sucintamente cómo era que funcionaba esa escritura tan maravillosa.

Huelga decir que por primera vez me sentí un poquito orgulloso de poder mostrar algo que tuviera que ver directamente con mi discapacidad. Los profesores me empezaron a saludar, pero sin condescendencias ni tratos diferenciales. Era un alumno más, que escribía en braille. Y no fueron pocas las ocasiones que después de alguna clase, me sentara con alguno en medio de un grupo de estudiantes a conversar y arreglar el país.

Por eso, a diferencia de algunos compañeros ciegos que preferían grabar las clases, siempre en mis estudios utilicé el braille como herramienta para tomar notas, estudiar y preparar exámenes. Hoy en día, y con ocasión de la tecnología, ha caído en desuso, pero mi gratitud hacia él está intacta y, por ello, cada que puedo lo leo y trato de recuperarlo. Porque sin él, los ciegos no podríamos alfabetizarnos. Porque es el braille el que nos abrió las puertas de la vida. Es el braille el que nos hizo creer que podíamos estudiar. Es el braille el que nos invitó a conocer y viajar por los mundos

de la literatura. Porque, en últimas, sin el braille, seríamos unos ciegos más ciegos.

El genio

Cuentan que en la época en la que simultáneamente estudiábamos varios compañeros con discapacidad visual en la facultad de Derecho, había uno al que le decían “el genio”, pues tenía el talento de aparecer, siempre que sus amigos (compañeros de muchas juergas dentro y fuera de la universidad) abrían una botella.

De inmediato este personaje aparecía. Claro, para disfrutar del preciado líquido. ¡Qué talento! Exclamaban los colegas. Y un comentario quedaba flotando: ¡qué tal que viera!

Una caída parcial

Era el tercer semestre. Miércoles a las 4:00 p.m. Tenía un parcial de Derecho constitucional colombiano. Pero antes de dirigirme a la facultad, debía encontrarme con la persona que me prestaría apoyo leyéndome las preguntas del mismo. Como yo no lo conocía, habíamos acordado encontrarnos en la biblioteca, en el servicio de invidentes, hoy sala Borges.

Las escaleras laterales de la biblioteca eran algo peligrosas, porque no tenían ningún tipo de contención. Yo lo sabía perfectamente, ya que las usaba con mucha frecuencia. Pero ese día iba tan afanado que me distraje. Trastabillé y ya llegando a la última, me caí al vacío.

Me llevaron a la enfermería y recuerdo que lo que más me preocupaba era ¡no poder presentar el parcial! Obviamente, tenía excusa y pude presentarlo dos días más tarde.

Por fortuna, nada me pasó más que una leve contusión y un gran susto.

No pises las flores

Un día de agosto la muerte llegó a nuestra universidad. Recuerdo que ese jueves, a eso de las 9:00 a.m. caminaba desde el bloque 10 hacia la Facultad. Pero todo estaba en silencio. Nadie hablaba, no había risas y en general no se percibía ese ambiente de buen plan que siempre hay en los entornos universitarios. No, todos estaban callados. Yo caminaba y caminaba y empecé

a sentir que pisaba unas flores. Me pareció algo raro y traté de esquivarlas, pero ellas formaban un camino. En ese momento llegó Susana y me alcanzó. Se notaba que había llorado. Le pregunté qué le pasaba y me contó que esa mañana a eso de las 7:00 habían asesinado a don Hugo.

Él era el dueño de la cafetería y, sin temor a exagerar, puedo afirmar que nos conocía a todos quienes habíamos pisado alguna vez la Facultad de Derecho: profesores, estudiantes y egresados. Todos lo queríamos y él a todos nos apreciaba. Ven por acá, no pises las flores. Fue la recomendación de Susana. Nos sentamos y, junto con otros compañeros, recordamos esos momentos ya idos para siempre, en los que don Hugo se cruzó en nuestro camino. 🗿



Fredy Alzate, EVacuos I, 2016, 250 x 600 cm. Resina, fibra de vidrio, pigmentos, Exposición Territorios Inciertos, Sala de Arte Suramericana, Medellín. @fredyalzategomez (sitio web: www.fredyalzate.com). Fotografía por: Carlos Tobón

Fredy Alzate, Esfera Pública, 2015, 300 cm diámetro. Resina, fibra de vidrio, poliuretano, acero inoxidable, Obra comisionada por el Metro de Medellín, @fredyalzategomez (sitio web: www.fredyalzate.com). Fotografía por: Rodrigo Díaz